

EL TRABAJO ASALARIADO FEMENINO EN EL CINTURÓN FRUTIHORTÍCOLA MARPLATENSE

Silvia Liliana Bocero* – Analía Di Bona*

Resumen

El objetivo de este artículo¹ es caracterizar las formas de inserción laboral de mujeres, que aparecen como mano de obra transitoria, en el mercado de trabajo frutihortícola marplatense. El trabajo femenino asalariado está presente en la actividad hortícola que se practica a campo y bajo cubierta y en cultivos frutícolas no tradicionales. La investigación nos ha permitido indagar cómo y por qué estas mujeres se insertan en la actividad agrícola, identificar los procesos laborales específicos que requieren su fuerza de trabajo, así como las modalidades de remuneración y la complementación con otras actividades económicas. La perspectiva de género en el análisis de la participación laboral pone en juego múltiples dimensiones de las relaciones laborales. Desde este enfoque, se procura examinar la participación de las mujeres en las actividades remuneradas, explorando algunos de los rasgos que la configuran.

Palabras clave: Mujeres, Trabajo temporario, Agricultura intensiva, Género

* Departamento de Geografía. Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Argentina. adibona@mdp.edu.ar; slbocero@mdp.edu.ar

WAGE WORK FOR FEMALES IN THE FRUIT AND VEGETABLE BELT OF MAR DEL PLATA

Abstract

The purpose of this paper¹ is to characterize female job placements in the fruit and vegetable job market of Mar del Plata, in which women's workforce appears as temporary. Wage work for females is very much present in both indoor and outdoor vegetable farming as well as in non-traditional fruit farming. Our research has enabled us to look into how and why these women enter the vegetable farming activity, as well as to identify the specific labor processes requiring their workforce, the modes of remuneration and the way this activity complements other economic activities. The gender perspective in labor participation analysis puts various work relations dimensions into play. With this approach, we try to examine women's participation in wage earning activities, exploring some of its organizational features.

Key Words: Women, Temporary work, Intensive agriculture, Gender

Introducción

El objetivo de este artículo es caracterizar las formas de inserción laboral de las mujeres, que aparecen como mano de obra transitoria, en el mercado de trabajo frutihortícola marplatense (Partido de General Pueyrredón); en el marco de territorios de interfase urbano-rural que dan cuenta de procesos de intensificación productiva y de la incorporación de cultivos frutícolas no tradicionales, como frutas finas y kiwi.

El trabajo femenino asalariado está presente en la actividad hortícola que se practica a campo y bajo cubierta y en los cultivos de frutas finas. Participan, generalmente, en varios de los procesos que incluyen labores culturales básicas, en la recolección y en la selección, acondicionamiento y empaque de frutas y verduras, donde se realizan tareas preponderantemente manuales.

La investigación, en este primer abordaje, nos ha permitido ingresar al mundo laboral de estas mujeres, explorar cómo y por qué se insertan a este tipo de trabajo, identificar los procesos laborales específicos para los que es requerida la fuerza de trabajo femenina en la actividad agrícola de la zona de estudio, así como las modalidades de remuneración y la complementación

con otras actividades económicas. La perspectiva de género en el análisis de la participación laboral pone en juego múltiples dimensiones de las relaciones laborales. Desde este enfoque, se procura examinar la participación de las mujeres en las actividades remuneradas, indagando algunos de los rasgos que la configuran.

El presente trabajo se divide en cuatro partes. En la primera se realiza una breve consideración sobre los antecedentes conceptuales; luego se precisa el ámbito de estudio y la estrategia metodológica; a continuación se analizan las razones que orientan las inserciones laborales de las mujeres en el cinturón frutihortícola y por último se abordan distintos aspectos que expresan las características que asume el trabajo temporario femenino.

Antecedentes conceptuales

En América Latina “Los datos indican que las tendencias respecto a la participación de las mujeres en el trabajo agrícola varían considerablemente en toda la región. En algunos países, el porcentaje de mujeres que desempeñan labores agrícolas ha ido en franca disminución, mientras que en otros ha experimentado alzas, en especial desde los años ochenta. No obstante, Katz (2003) concluye que cada vez una mayor proporción de mujeres está trabajando en faenas agrícolas, tanto en actividades remuneradas como en labores familiares no pagadas” (Lastarria-Cornhiel, 2008: 7). Este proceso se ha denominado feminización de la agricultura.

En la región el aumento de la participación de la mujer en el mercado laboral se enmarca en los procesos de reestructuración productiva, la flexibilización de las relaciones laborales y la globalización de los mercados.

Estudios centrados en la dinámica del sector exportador de frutas y verduras han puesto de relieve la disponibilidad de mano de obra barata y abundante en las zonas donde se instalan las empresas de empaque y procesamiento agrícola, señalando que “Estas mujeres combinando sus labores del hogar, ofrecen una gran flexibilidad a las empresas en términos de horarios, salarios, formas de trabajo y de contratación, a la vez que garantizan que el acabado y presentación de los productos que se exportan alcancen las normas de calidad que exige el mercado internacional” (Lara Flores, 1995: 217).

Mingo (2011a: 416) destaca que “...no hay nada novedoso en las características de la participación de las mujeres en estos espacios productivos. Más bien lo que sucede es que las empresas han respondido a los requerimientos de modernización y de estrictos cuidados en la calidad con una organización

del proceso de trabajo basada en la división genérica del trabajo y en los roles de género tradicionales socialmente difundidos”.

Investigaciones recientes focalizadas en mercados de frutas localizados en el noroeste argentino, el noreste brasileño y la zona central chilena, dan cuenta de la inclusión asalariada femenina, y señalan como rasgo común de este tipo de inserción laboral el empleo temporal o transitorio de las mujeres y su débil presencia en el empleo permanente (Valdés, 2012).

En Argentina, Tadeo (2007: 157-160), en relación con el complejo citrícola entrerriano señala que: “las mujeres empleadas por las grandes empaquetadoras del complejo citrícola representan el 30-35% del total de trabajadores que cumplen tareas en líneas de producción. (...) los resultados disponibles nos permiten estimar que el ámbito laboral expresa las relaciones de género existente en el ámbito familiar porque el espacio de trabajo no es neutro y se van creando jerarquías para los sexos que realimentan la relación dominación / subordinación” (Benería, 1979)².

Si bien el fenómeno de asalarización tiende a dar mayor visibilidad al aporte femenino en el mercado laboral agrícola, la organización del proceso productivo no es indiferente al género. Desde este punto de vista se evidencian aportes significativos. Entre ellos, Mingo (2011a y b) analiza el peso de los roles sociales vinculados a los sexos en los mercados de trabajo de agricultura intensiva, especialmente en la actividad vitivinícola y frutícola del Valle de Uco (Mendoza). La autora explica que dichos roles sociales asocian lo femenino con una serie de cualidades naturalizadas, por un lado, y con la exclusividad de las responsabilidades en el trabajo reproductivo, por el otro; así, se aporta a las trayectorias laborales de las mujeres y se conforman estereotipos de trabajo remunerado femenino adaptables a empleos temporarios de baja remuneración y calificación dentro del sector agrícola.

Por su parte, Vázquez Laba (2009) avanza en la interpretación de los condicionantes materiales y simbólicos en las inserciones laborales femeninas del complejo citrícola tucumano, observando los mecanismos basados en los estereotipos de género y su incidencia en la persistente subordinación social de las mujeres en los espacios productivos donde se ha dado un importante proceso de reconversión tecnológica.

De este modo, como señalan De la O y Guadarrama (2006: 449), se hace evidente “la importancia de incorporar en el análisis del trabajo el paradigma de la división sexual, que permitiría hacer visible las diferentes situaciones de trabajo que viven las mujeres; rescatar la articulación entre la esfera productiva y reproductiva en las que están inmersas, y reconocer las formas específicas que adquieren la subordinación y la dominación en los procesos de trabajo”.

Consideraciones sobre el área de estudio y perspectiva metodológica

En el área agrícola intensiva marplatense, si bien se verifica el predominio de los hombres en las actividades frutihortícolas, se comprueba una importante presencia femenina en distintas tareas agrícolas; se destaca la participación de esposas, hijas y otras integrantes de la familia de medieros o productores que residen en las quintas. Este trabajo se inscribe –y se invisibiliza– en la categoría “ayuda familiar”³.

En menor medida, bajo modalidades asalariadas, se incorporan mujeres, que trabajan de forma temporaria –por jornal o a destajo– y que no siempre encajan en la imagen convencional de mujer/migrante de origen rural. El análisis de la inserción de estas mujeres en el mercado de trabajo frutihortícola constituye el objetivo del presente artículo⁴. Se trata de un fenómeno cuya dimensión cuantitativa no podemos precisar y que ha quedado desdibujado en el área del estudio.

Las sucesivas crisis económicas que afectaron a la Argentina desde los noventa podrían dar cuenta de la incorporación de mujeres al trabajo remunerado en las explotaciones del cinturón frutihortícola marplatense. Las restricciones económicas en el contexto local aumentaron la disposición de las mujeres a aceptar condiciones de trabajo injustas y desprotegidas. En este sentido, son las mujeres pobres –que no pertenecen al ámbito de la producción eminentemente rural–, quienes en muchos casos se ocupan en las explotaciones frutihortícolas como trabajadoras temporales, ya sea por la falta de otras opciones, por la posibilidad de armonizar el ámbito laboral y familiar o por la proximidad territorial. Por otra parte, la misma década ha mostrado cambios significativos en el cinturón frutihortícola marplatense, entre los que se destacan la intensificación hortícola, plasmada por la aparición de los cultivos bajo cubierta y la incorporación de cultivos no tradicionales de frutas finas (frutilla, arándanos, cereza, etc.), kiwi y frutales de carozo.

Este espacio productivo se ha transformado en una estructura social compleja y heterogénea. El origen familiar de las explotaciones se preserva en el trabajo del productor y de los integrantes de su familia, ya sea de gestión o directo. Merece destacarse la significación de las explotaciones familiares en todo el cinturón y la presencia de empresas familiares con medieros y/o asalariados (Bocero y Prado, 2009).

El destino de la producción de hortalizas es el mercado interno para el consumo en fresco. En relación con las frutas, se trata de productos de alto

valor con oportunidades de comercialización en el mercado externo, que varían según los casos⁵.

La estrategia metodológica ha sido fundamentalmente cualitativa. A los efectos de analizar las particularidades de esta mano de obra transitoria femenina se realizaron entrevistas semiestructuradas a mujeres trabajadoras, complementadas con observación participante en explotaciones hortícolas y frutícolas. El modo de selección de las entrevistadas fue realizado a través del método conocido como “bola de nieve”.

Se efectuaron, además, entrevistas a productores y trabajadores hortícolas y frutícolas, a personal técnico y a gerentes encargados de la organización del proceso de trabajo.

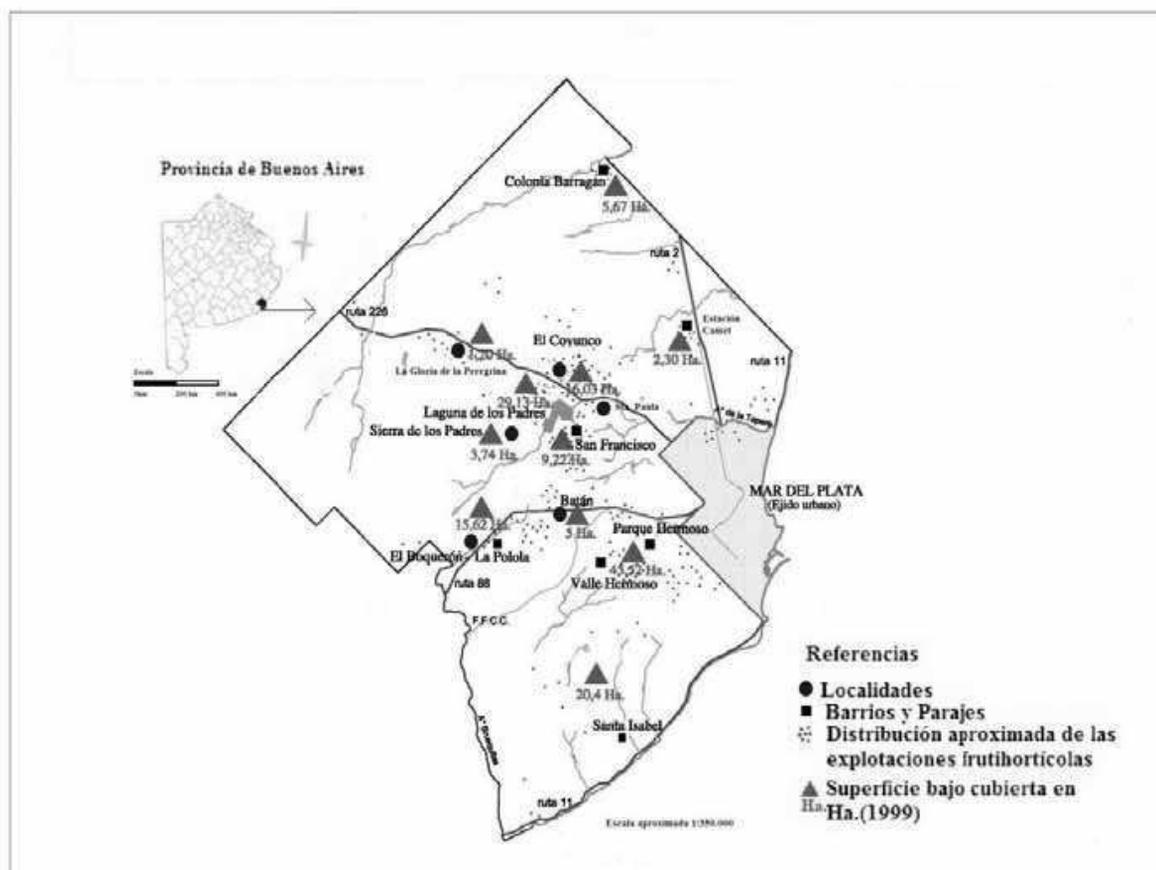
Las mujeres entrevistadas que trabajan en explotaciones hortícolas residen en el borde urbano-rural del sudoeste de la ciudad y las que se emplean en las explotaciones frutícolas habitan en este borde y en el sector oeste siguiendo la ruta 226.

Destacamos que la producción frutihortícola está concentrada en una amplia franja, de alrededor de 25 kilómetros, que bordea de manera discontinua la ciudad de Mar del Plata (Provincia de Buenos Aires)⁶. En este sentido, el borde urbano-rural del sudoeste hace referencia a los Barrios de Parque y Valle Hermoso, y el sector oeste, a la zona de Laguna de los Padres –localidades El Coyunco y La Gloria de la Peregrina– (Figura 1).

Estas mujeres se desempeñan en explotaciones hortícolas de productores argentinos, italianos y bolivianos que alcanzan hasta 15 ha y en el cultivo de frutas en explotaciones de hasta 60 ha, que cuentan en algunos casos con instalaciones de acondicionamiento y empaque. La mayoría no exceden los 40 años de edad; asimismo, se ha registrado la participación de mujeres en edad de retiro (60 años y más) y el trabajo de adolescentes, que se desempeñan como tanteras (cobran por la labor realizada) y niñas, que acompañan a sus madres en el trabajo agrícola. En cuanto al nivel de instrucción alcanzado por estas mujeres, se observa que no supera el primario. Todas son pobres y viven en hogares con necesidades básicas insatisfechas en un contexto territorial donde esta condición afecta a buena parte de la población local.

Muchas de estas mujeres asumen diferentes roles y elaboran múltiples estrategias para articularse a una red de lazos sociales que las insertan en el trabajo y que permiten compensar en parte las necesidades más urgentes vinculadas a la alimentación y la obtención de algunos bienes.

FIGURA 1: Partido de General Pueyrredón: cinturón frutihortícola marplatense



FUENTE: Elaboración propia sobre la base del Censo Hortícola en el Partido de General Pueyrredón, 1994; Censo Hortícola Bonaerense, 2001; Adlercreutz, 1999 y Bocero, 2003.

Cuestiones que orientan las inserciones laborales de las mujeres en el cinturón frutihortícola

Las mujeres que trabajan en las explotaciones frutihortícolas, como mano de obra transitoria, no conforman un conjunto homogéneo en cuanto a modalidades de inserción; en buena medida, expresan distintas situaciones en sus trayectorias laborales que se enmarcan en su condición de género. Existen algunas diferencias relacionadas con las características propias de cada actividad agrícola –dependiendo de si trabajan en la producción de frutas o en la horticultura–, pero es notable en la configuración de estos procesos cómo incide la posición de las mujeres en la división sexual del trabajo (según su edad, condición socio-económica y etapa del ciclo vital que transitan).

Con respecto a las oportunidades laborales, se observa que ante distintas alternativas de trabajo las mujeres deben optar por aquellas que permitan compatibilizar el mundo laboral y el familiar. Mingo (2011b: 175) señala que “la fuerte asociación de lo femenino con la exclusividad en las responsabilidades por la maternidad y las tareas de cuidado confiere particularidades en las trayectorias laborales, a la vez que conforma estereotipos de trabajo remunerado femenino adaptables a empleos temporarios de baja remuneración y calificación”.

Las mujeres entrevistadas residen en distintos sectores del borde periurbano marplatense. Esto les permite ir de una quinta a la otra o del campo al empaque. Se ocupan en las quintas que producen una gran variedad de cultivos hortícolas, fundamentalmente en la temporada de primavera-verano. En esta actividad, están presentes en diversas tareas de mantenimiento y cosecha. En la producción de frutas, cosechan cerezas, ciruelas y arándanos, y también participan del acondicionamiento y empaque de estas frutas y de frutilla. Los testimonios de mujeres y productores dan cuenta de que se trata generalmente de mujeres argentinas (del norte de país y oriundas del partido de General Pueyrredón). En este sentido, el caso de la frutilla será retomado más adelante por sus particularidades en cuanto al origen de la mano de obra femenina para la cosecha.

En líneas generales, la participación de las mujeres se limita a tareas que requieren habilidades manuales. “Deere y León (1986) señalan que la participación laboral de las mujeres en estos espacios continúa vinculada al despliegue de habilidades manuales que se suponen naturales y por ello no se da lugar al reconocimiento de un aprendizaje producto de una trayectoria en los diferentes puestos de trabajo. Además, la participación en el trabajo asalariado es considerada, en estos contextos, secundaria al rol eminentemente femenino, es decir, al desempeño en los ámbitos reproductivos. Esto obtura las posibilidades de las trabajadoras para desempeñarse en puestos de trabajo de mayor continuidad durante el año y las sujeta a los períodos de alta demanda durante los picos del ciclo productivo” (Mingo, 2011a: 416).

La imposibilidad de ausentarse del hogar por períodos prolongados y de poder delegar en otros las tareas domésticas se traduce en la búsqueda de empleos acotados espacial y temporalmente. Para las mujeres pobres, se agrega la dificultad económica para trasladar a terceros los costos reproductivos.

Argumentos como los que siguen evidencian situaciones domésticas que se repiten con distintos matices entre las mujeres entrevistadas:

“La quinta queda cerca, puedo ir caminando y llevar a los chicos; no tengo para pagar a alguien que los cuide, es un peligro dejarlos con cualquier vecino. Les llevo unos juguetes y los voy mirando mientras trabajo. En invierno se la pasa re mal, hay que esperar la temporada. Es triste, te desespera”.

“A la cereza voy porque es en el verano, me cuida los chicos mi hermana cuando terminan las clases y dura un mes nada más... No podría tener un trabajo de tantas horas fuera de la casa”.

De este modo, se observa entre las entrevistadas que las opciones se reducen a su inserción en el mercado laboral frutihortícola en el espacio local y estacional, concentrado fundamentalmente en los meses de verano.

Estas mujeres han tenido una incorporación temprana al mundo del trabajo. En general, los primeros trabajos remunerados han sido en diversas ocupaciones ligadas a la actividad agrícola o a tareas que se agrupan en torno a los servicios, el comercio y la industria (fundamentalmente, servicio doméstico, cuidado de niños o ancianos, venta ambulante de alimentos de elaboración artesanal y, en menor medida, como empleadas en plantas procesadoras de pescado y champiñones). En algunos casos, los relatos hacen referencia a un pasado familiar que da cuenta de situaciones de trabajo infantil –como ayuda familiar– en el marco de explotaciones familiares o como hijas de asalariados rurales.

Así se refleja en los testimonios:

“En realidad siempre trabajé. De chica ya empecé a trabajar, cuidando a una señora... ¿en lo que se llamaría haciendo compañía, no?, yo era chica y ya trabajaba y ayudaba a mi mamá en la casa y a mi papá en el campo con mis hermanos. Trabajaba aparte de que iba a la escuela”.

Las mujeres tienen dificultades para reconocerse a sí mismas como trabajadoras debido a la inestabilidad en el empleo, al peso que tiene la desocupación en su historia laboral, a la repetición de períodos de inactividad y al carácter complementario de los ingresos que generan en el ámbito familiar. En este sentido, varias entrevistadas coincidían con la siguiente expresión:

“Me gustaría trabajar más ahora que los chicos son grandes, porque mi marido tiene que pagar todo él, quiero ayudarlo, a veces no alcanza y además siempre estuve acostumbrada a manejarme con lo mío... Este

verano fui a probar a la cosecha de cereza para juntar algo de plata para las fiestas (navidad) y fin de año”.

En general, y debido al carácter irregular del empleo se definen como “changueras”, y se enmarcan en una estrategia de inserción laboral de carácter individual. Se ocupan en las explotaciones frutihortícolas por temporada –desde el mes de octubre hasta fines de marzo o abril– y eventualmente durante el invierno.

Otros casos remiten a estrategias de inserción laboral de carácter familiar, a veces combinándola con inserciones individuales. Del hallazgo de varias experiencias en ese sentido se señala la que sigue:

“Trabajamos en la cosecha de la zanahoria durante varias temporadas, mi marido trabajaba en el lavadero. La cosecha de zanahoria la hacíamos todos, las nenas ayudaban y nos pagaban por lo cosechado; siempre trabajamos entre la familia juntando lo de todos para hacer más. Con las chicas también hacemos otras changas, vamos a otras quintas para el encañado del tomate y a cosechar chauchas”.

Sus trayectorias laborales están marcadas por el carácter temporal y precario del empleo; y en su mayoría, el inicio en las quintas de la zona coincide con la crisis de desempleo que afectó a la Argentina en la década del noventa. Por ello, al calificar el trabajo que realizan en las quintas, éste es considerado “como una changa” o como una “salida eventual y transitoria” durante los años que siguieron a la crisis. El siguiente testimonio remite al encuentro de escalas macro y micro sociales en las estrategias y vivencias laborales de las mujeres:

“Cuando se acabó la merluza nos quedamos todos sin trabajo ¡No me iba a morir de hambre! Me fui a buscar trabajo a las quintas, en ese entonces era lo menos, lo peor, como caer muy bajo”.

Con el transcurso del tiempo, realizar changas por temporada en las quintas se ha ido transformando en la alternativa laboral que representa un aporte económico relevante para los hogares que integran estas mujeres y de especial significancia cuando éstos son encabezados por ellas. Además, en varios casos, el trabajo en la quinta se constituye en el empleo que adquiere mayor continuidad en sus historias laborales.

De acuerdo con los testimonios relevados, habría una delimitación genérica previa que discriminaría el trabajo femenino transitorio en las quintas hortícolas, que se plasma en las razones que invocan los productores en cuanto a requisitos para ejecutar las tareas agrícolas: “fuerza física y resistencia propias del trabajador masculino”. De ahí, resultaría que los productores deban recurrir a la disponibilidad de esta mano de obra sólo cuando se encuentran en situaciones de urgencia –que no es cubierta por la oferta de trabajo, predominantemente, de origen boliviano– ya sea para atender requerimientos del ciclo productivo que deben ser efectuados en forma manual o bien para responder a momentos de alta demanda de productos en el mercado.

Así, algunos testimonios expresan:

“Una vez me fui a ofrecer a un boliviano, las nenas eran chiquitas, y le pregunté si tomaba mujeres y me dijo que ¡NO! Le contesté: ¡qué lástima! No sabe lo que se pierde conmigo... Al tiempo me vino a buscar”.

Con respecto a las frutas, específicamente en la producción de cerezas, es muy importante la participación de mujeres durante la época de cosecha, aunque los hombres no son excluidos como trabajadores temporarios y son los que ocupan los trabajos permanentes.

Las entrevistadas coincidían señalando que

“en la cereza toman muchas mujeres pero en la quinta es más difícil que te tomen... Porque primero te dicen que no, pero a veces a los patrones se le vienen los yuyos todos juntos y si no hay quien lo haga... toman mujeres. Después, cuando ven que sos trabajadora, te vuelven a llamar”.

La remuneración se pacta de acuerdo con dos modalidades: a) en relación con el cumplimiento de una jornada de trabajo –de duración no establecida estrictamente– y se denomina “por jornal”; b) en función de la cantidad de trabajo realizado y se denomina “por tanto”. La forma de pago “por jornal” es la menos frecuente y aparece en la cosecha de algunos cultivos como el tomate, el pimiento y la cereza; y en otras tareas donde se privilegia la dedicación y lentitud para su correcta realización, como por ejemplo, carpir, desbrotar. Se paga por día trabajado. Cuando se trata de trabajo “por tanto” se realizan tareas puntuales del ciclo productivo que deben ser efectuadas a ritmo de trabajo elevado y el pago es por unidades producidas, por ejemplo, contabilizando las jaulas, tarros o bolsas de verduras cosechadas. Esta última modalidad –trabajo a destajo– es la que predomina entre las explotaciones frutihortícolas.

La inserción en el trabajo, así como la remuneración obtenida bajo cada uno de los modos señalados, son producto tanto de negociaciones entre empleadores/trabajadores como de tensiones entre demanda/oferta de productos y fuerza laboral en el mercado local. En este sentido, se trata de procesos poco transparentes en los cuales se enmarca el trabajo no registrado y que se constituyen en mecanismos por los cuales se normaliza y se acepta la inestabilidad y fragilidad de los vínculos contractuales / laborales entre patrones y trabajadoras. En cuanto a la incertidumbre que conlleva esta situación de inestabilidad, las entrevistadas afirman que

“nunca se sabe lo que vas a ganar porque te pagan según lo que vale la verdura ese día. A veces es una miseria pero no queda otra. Si cae piedra ese día lo perdiste; no se trabaja, se arruinó todo y no se saca nada”.

Con respecto a la producción de frutillas en la zona, ocupa una proporción relevante de mano de obra femenina migrante, durante todo el año, para tareas de mantenimiento y cosecha de la fruta. Estas mujeres se insertan como familiares de trabajadores bolivianos (viven y trabajan en los campos de cultivos).

La presencia de mujeres se duplica con el aporte migratorio del mismo origen, fundamentalmente durante la cosecha, como mano de obra temporaria en los meses de verano. En este sentido, se trata de mujeres jóvenes que vienen solas o junto a otros familiares y regresan a su país al finalizar la recolección. En las tareas de campo es poco significativa la participación de mujeres oriundas del área local.

En términos de salarios se trata de empleos de baja remuneración. Por ejemplo, en el caso de las cerezas, el pago se efectúa por jornal; es decir, reduciendo el total de ingresos generados por día de trabajo respecto al que se realiza por tanto. Por su parte, aunque esta producción frutícola se caracteriza por ocupar gran cantidad de mano de obra femenina, los hombres tienen mayores posibilidades de inserción en tareas de mayor jerarquía ocupacional y mejor remuneradas en el empaque y acondicionamiento de frutas.

En la cosecha de arándanos y frutillas se observa el pago a destajo.

Con respecto a la conveniencia en términos de salarios según cada actividad, las mujeres coincidían señalando que en general:

“En la cereza no alcanza para mucho lo que te pagan. Podés comprar algo para las fiestas, comida... Es una ayuda, no es un trabajo que se gane buena plata” “En la quinta sí se gana, pero este año no hubo

mucha chaucha. Lo que ganás en un día juntando chaucha es lo que ganás en una semana de la cereza”.

De este modo, en muchos casos las mujeres entrevistadas van de quinta en quinta durante un período que comprende alrededor de seis meses y no sólo “el verano” –ya que se extiende aproximadamente desde octubre hasta abril–, variando distintas tareas y formas de remuneración según el cultivo.

Las mujeres expresan mediante el relato de sus trayectorias laborales el recorrido que realizan dentro y fuera del sector, alternando el trabajo estacional en la horticultura y en la fruticultura con la búsqueda de empleo en otras actividades vinculadas principalmente a los servicios; ya sea ante la falta de trabajo en las quintas o durante el invierno. Situaciones que suelen comprender un período de inactividad durante los meses invernales (que puede variar según el caso de tres meses o más) y un período de actividad caracterizado por la ocupación discontinua y eventual en distintos trabajos no agrícolas y la inserción temporaria en la agricultura. En cuanto a los trabajos no agrícolas, las oportunidades laborales se enmarcan en la informalidad, en tareas de corta duración, baja remuneración y calificación.

Se ocupan en el servicio doméstico en casas de familia o como personal auxiliar de cocina y limpieza en comedores escolares. Trabajan en fábricas de pescado ocupando el puesto de descabezadoras o como fileteras. En estas plantas, algunas mujeres se insertan en tareas generales como personal de limpieza. Sobre sus estrategias laborales, algunas mujeres coincidieron con la siguiente expresión: “*Yo me la rebusco y hago de todo*”. De este modo, estas mujeres transitan durante buena parte del año por distintos espacios del periurbano, configurando un circuito de trabajo local –discontinuo– que se estructura en torno a la estacionalidad de empleos precarios y desprotegidos.

El trabajo transitorio de las mujeres en los espacios de agricultura intensiva

“La división genérica del trabajo como una de las formas de organización y estructuración del proceso de trabajo, se expresa en la participación de hombres y mujeres en distintos momentos y tareas dentro del proceso de trabajo. A partir de la construcción simbólica de las calificaciones, se asume que la utilización de determinadas tecnologías requiere de saberes o conocimientos que son previamente designados como masculinos y femeninos” (Mingo, 2011b: 179).

Así, en la asignación de puestos de trabajos para las mujeres se naturalizan habilidades y conocimientos que se infieren adquiridos en el ámbito

doméstico y que implican que las habilidades necesarias para llevar adelante tareas manuales no revisten el carácter de aprendizajes. Desde este punto de vista el acceso de estas mujeres al trabajo en las quintas frutihortícolas está atravesado por nociones y representaciones sociales que definen una variedad de cualidades femeninas.

Las trabajadoras transitorias se insertan en las labores hortícolas de manera limitada –desde un punto de vista numérico– en un contexto donde, aun en momentos de picos de trabajo, la preferencia por ocupar hombres es un obstáculo para la inclusión femenina.

En la horticultura, las jornadas laborales son extensas: mayores de ocho horas o hasta la culminación de las tareas. Las mujeres prefieren trabajar “de corrido”, tal como ellas denominan a esta modalidad continuada –sin pausas para el descanso o para la alimentación–. La jornada se organiza en torno a distintas actividades, según sea para completar pedidos de clientes (cosechar, lavar y preparar las verduras) o atendiendo a la planificación escalonada con que se trabaja los distintos lotes: carpir, ralear, desbrotar y cosechar el producto. La secuencia y el tipo de trabajos para los que son requeridas les impide la ocupación plena de la semana en una misma quinta, por lo que deben buscar empleo en otras explotaciones para completarla. En este sentido, se observa la participación femenina en la cosecha, seguida de la carpida y el pre-acondicionamiento de las hortalizas⁷, tareas que, como señalamos, no excluyen a los hombres.

Con respecto a las tareas y a la cantidad de trabajadoras que son transitorias, algunos testimonios explicitan:

“Los patrones toman gente para la temporada y somos todos iguales. Hombres y mujeres hacen las mismas cosas: cosechar, carpir”.

“Yo hago todo, levanto los nylon para ventilar, cosecho el tomate, lo acomodo y lo llevo hasta el torito⁸. Hay pocas mujeres trabajando en la quinta salvo las familiares del patrón, que es boliviano. Una vecina también trabaja conmigo a veces. Yo la llevé a trabajar, ella es rápida para la carpida”.

En la cosecha de chaucha se observa una mayor disposición a que el trabajo lo realicen las mujeres. Las entrevistadas explican que “los hombres no quieren juntar chaucha porque se necesita paciencia y prolijidad para acomodar todas las chauchas bien parejitas en el cajón y también porque cosechar te arruina la cintura de tanto estar agachada”.

Las mujeres revelan la inexistencia de diferencias en las retribuciones para con ellas, a pesar de que los empleadores aprecian sus capacidades para realizar las labores asignadas con cuidado, prolijidad y responsabilidad. Es este sentido, señalan:

“Soy prolija, rápida y no rompo las plantas. El gringo ya me conoce... cómo trabajo”.

“Si hay algo muy pesado y veo que no lo vienen a buscar, lo cargo yo y lo llevo yo misma hasta el torito para no perder tiempo... A veces viene el patrón a ver cómo estamos trabajando y le dice a los hombres: Miren como trabaja esta mujer, hace las cosas mejor que ustedes, qué vergüenza”.

También, los comentarios sobre diversas situaciones de malestar físico durante el proceso de trabajo se refieren a cierto aprendizaje práctico para resistir el cansancio durante la jornada laboral:

“Te sentás un rato sobre el mismo tarro que vas echando las chauchas, cambiás de postura, apoyás una rodilla, después la otra... te da calambres, pero es mejor no parar, si no después no te podés levantar”.

Las mujeres tienen dificultades para insertarse en otras tareas del ciclo productivo. Su participación es reducida en actividades como la preparación y aplicación de productos químicos o la utilización de maquinarias, que son reservadas a la fuerza laboral masculina; sin embargo, algunas entrevistadas se ven involucradas en estas tareas, por ejemplo en la aplicación de plaguicidas (pulverización con mochila dentro y fuera de invernáculos), aclarando que

“los remedios los prepara el patrón –o el encargado– que conoce los venenos. Las mujeres fumigan con mochila y los hombres con el tractor. Las mujeres curamos principalmente todo lo que es de hoja, los hombres fumigan con tractor el tomate, por ejemplo”.

Eventualmente, son contratadas para tareas que demandan esfuerzos físicos importantes; entre otras, el preparado de la tierra con azadón o a rastrillo, la limpieza a machete de plantas en los invernáculos y la conducción de plantas de tomate.

En este sentido, se observa que los hombres pueden acceder a los empleos donde se prefieren mujeres, pero es más difícil que las mismas puedan ingresar a puestos que son típicamente masculinos.

En las explotaciones frutícolas la temporada de cosecha comienza en octubre con la frutilla (y se extiende hasta mayo) y continúa en forma escalonada con la cereza, la ciruela y el arándano durante noviembre y hasta fines de enero.

En el caso de la cereza y la ciruela, la jornada de trabajo está organizada en un solo turno de ocho horas con una pausa para el almuerzo pactada en una hora aproximadamente. La organización y el control del trabajo recae en la figura del capataz, que es quien asigna a cada grupo o cuadrilla de cosecheros la zona a trabajar. En la recolección se pueden ocupar más de doscientas personas y las mujeres representan el 80% de la mano de obra total⁹.

La cosecha de cerezas y ciruelas presenta ciertas dificultades operativas para las mujeres por tratarse de árboles de considerable altura, tamaño y ramificación. De este modo, se reparten algunos hombres entre las mujeres para que las asistan ante dificultades en la recolección. Los relatos de las mujeres coinciden señalando que

“hay una escalera para toda la cuadrilla y casi siempre hay que trepar a la planta para llegar a la cereza. Las chicas jovencitas que son flaquitas se suben más alto; algunos hombres a veces te ayudan, te bajan las ramas, otros no”.

La remuneración es por jornal y el pago se realiza una vez que el trabajador cumple con un mínimo de siete jornales. Según los testimonios recogidos entre los empleadores, *“se paga a mitad de semana para que no gasten el dinero en beber alcohol durante el fin de semana y falten el lunes a trabajar”*. Aunque esta consideración hace referencia fundamentalmente a conductas y hábitos de consumo en los hombres, las mujeres reciben el mismo trato. De este modo, se observa que *“las relaciones laborales y los procesos organizativos no son neutros o incorpóreos, por el contrario, se asientan sobre la base de las diferencias de género (Acker, 2000). La existencia de un predominio de la representación del cuerpo del hombre y de la masculinidad en los procesos organizativos laborales margina a las mujeres produciéndoles consecuencias materiales y simbólicas”* (Vázquez Laba, 2009: 3). En este sentido, compartir el espacio de trabajo con hombres implica desplegar estrategias para prevenir situaciones de maltrato verbal y en ocasiones de acoso sexual. Las mujeres explican que van a trabajar con alguna amiga o familiar para evitar el peligro *“de andar solas en el medio del monte”*; también prefieren estar entre mujeres *“porque los hombres te dicen cosas... te hacen bromas feas”*; por ejemplo, ante determinadas posturas, cuando se agachan o al subir la escalera.

En el empaque de cerezas las mujeres ocupan los puestos de selección, descarte y clasificación. También pueden realizar otras tareas, como el “armado de cajas de cartón y el etiquetado”. Todas estas operaciones implican agudeza visual, concentración, movimientos repetitivos y ritmos elevados de trabajo.

La experiencia de algunas mujeres que se han desempeñado de forma consecutiva durante las últimas temporadas en la cosecha / empaque de cerezas y ciruelas confirman que el trabajo es *“sacrificado y es mejor trabajar un poco en el galpón y otro poco en el campo, así no es tan rutinario”*.

En la recolección no se han verificado diferencias salariales entre hombres y mujeres; sin embargo las trabajadoras aseguran que

“en definitiva los hombres ganan más porque trabajan menos, se sientan a la sombra debajo de un árbol, cosechan menos y les pagan lo mismo; el capataz no les dice nada. En el galpón (empaque) el encargado te controla todo el día, te dice que muevas rápido las manos y no podés ni charlar con tu compañera”.

La opinión que tienen los empleadores respecto de la preferencia en la contratación de mano de obra femenina en la actividad expresa:

“Se toman mujeres nuevas todos los años, algunas son muy jovencitas. Vienen de la localidad de Batán y de barrios muy carenciados de la periferia. No tienen mucha experiencia pero son más cuidadosas y responsables que los hombres (ellos rompen las plantas, arrancan las ramas). El 30% de las trabajadoras de esta cosecha y en la planta son las mismas mujeres que vienen trabajando durante las últimas temporadas”.

En la cosecha de frutillas, en las explotaciones de mayor tamaño, se repite el mismo esquema de asignación de tareas: el encargado asigna el lote, distribuye espacialmente a los trabajadores y explica las pautas de selección de la fruta. Las mujeres realizan simultáneamente la selección y clasificación de cinco calidades de fruta diferentes, que luego se destinan al consumo en fresco o a la industria.

En el caso de los arándanos se trata de un producto muy perecedero, que necesita ser enfriado inmediatamente después de su recolección. La cosecha requiere de mucho cuidado en su manipulación para evitar marchitamiento y lesiones en la pulpa del fruto. Esta tarea exige combinar suavidad

en el arranque de la fruta y velocidad en la recolección y traslado de lo cosechado. Según expresa un productor, *“es una fruta muy delicada; por eso se necesitan las manos delicadas de las mujeres”*.

Las entrevistadas describen su experiencia en la cosecha de arándanos como una alternativa poco relevante por su carácter ocasional y porque no implica un ingreso que pueda modificar sus situaciones familiares. En este sentido, afirman: *“Es una ayuda nada más, no significa mucha plata”*.

Entre ellas, los testimonios de dos jóvenes hermanas –una, menor de edad– relatan algunos aspectos del entorno de trabajo comparando el campo (cosecha de arándanos) con el empaque de frutillas.

“En el campo se sufre mucho el calor pero no te controlan tanto. En la frutilla trabajamos despalillando y tamañando varias temporadas; el ambiente es terrible, estás parada todo el día. Te cambian a cada rato las indicaciones de lo que hay que separar. De tanto despalillar tengo problemas en un hueso de la mano que se corrió de su lugar”.

En esta primera mirada a los escenarios frutihortícolas que recorren las trabajadoras transitorias, retomamos, para cerrar, las reflexiones de Mingo (2011b: 187): “La construcción social de la disponibilidad de cierto tipo de trabajadoras/es no solamente asigna determinados puestos de trabajo, restringidos en el caso de las mujeres, sino que además le asigna distinto valor a la fuerza de trabajo disponible para la agricultura. Al respecto, Pedreño sostiene que socialmente se asigna determinado valor a la fuerza de trabajo que, al sostenerse en categorías sociales débiles resulta fuerza de trabajo altamente vulnerable y adecuada a las necesidades de gestión de la mano de obra en la agricultura (Pedreño Cánovas, 1999)”.

Consideraciones finales

En este trabajo se analizaron algunos elementos que caracterizan la inserción laboral de mujeres asalariadas en un contexto de producción frutihortícola.

En el área de estudio, la participación femenina continúa expresándose como secundaria en relación con el trabajo masculino y vinculada a la naturalización de los roles de género.

Las inserciones están marcadas por las posibilidades o restricciones que encuentran las mujeres en su persistente tarea de compaginar el trabajo productivo con sus responsabilidades reproductivas.

En la horticultura es factible observar que se prioriza la inserción masculina, reservando para estas mujeres su incorporación en los momentos de mayor urgencia del ciclo productivo.

En el caso de las frutas finas, los atributos femeninos asociados a las habilidades manuales habilitan la inserción femenina; en este sentido, las mujeres garantizan y aportan al cuidado y presentación de la fruta.

El mercado de trabajo frutihortícola muestra la dinámica del territorio, específicamente, pone en evidencia los vínculos que se establecen entre los espacios rurales y urbanos. En este aspecto resulta significativa la presencia de mujeres que provienen de la periferia de la ciudad de Mar del Plata, con poca experiencia laboral en los mercados de trabajo agrícola o directamente sin ella.

Bibliografía

- ADLERCREUTZ, Enrique (2007) "El Cultivo de Frutilla". *Visión Rural*, Año XIV (69), 48-49.
- BENENCIA, Roberto y QUARANTA, Germán (2009) "Mercados de trabajo en la horticultura del cinturón verde de la Ciudad de Buenos Aires". En: BENENCIA, Roberto; QUARANTA, Germán y SOUZA CASADINHO, Javier (Coords.) *Cinturón Hortícola de la Ciudad de Buenos Aires. Cambios sociales y productivos*. Buenos Aires, Ciccus, 85-110.
- BOCERO, Silvia y PRADO, Pedro (2009) "Horticultura y Territorio. Configuraciones territoriales en el Cinturón Hortícola Marplatense a fines de la década del noventa". *Estudios Socioterritoriales. Revista de Geografía*, Año VII (7), 98-119.
- DE LA O, María Eugenia y GUADARRAMA, Rosario (2006) "Género, proceso de trabajo y flexibilidad Laboral en América Latina". En: DE LA GARZA, Enrique (Coord.) *Teorías Sociales y Estudios del Trabajo: Nuevos enfoques*. http://docencia.izt.uam.mx/egt/publicaciones/libros/teoria_social/cap14.pdf, 434-465. Consultado el 10 de agosto de 2011.
- LARA FLORES, Sara María (1995) "Las jornaleras del campo ¿Qué sabemos de ellas?" *Este País*, Vol. 46, 16-19.
- LASTARRIA-CORNHIEL, Susana (2008) *Feminización de la agricultura en América Latina y África. Tendencias y fuerzas impulsoras*. Santiago de Chile: Rimisp-Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural.
- MINGO, Elena (2011a) "Entre el hogar y el trabajo. Mujeres asalariadas en la agricultura del Valle de Uco. Provincia de Mendoza, Argentina". *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 29 (1), 411-429.

- MINGO, Elena (2011b) "Género y trabajo: la participación laboral de las mujeres en la agricultura del Valle de Uco, Mendoza, Argentina". *Papeles de trabajo*, Año 4 (7), 172-188.
- TADEO, Nidia (2007) "Cambios tecnológicos y flexibilización laboral en las grandes empresas de empaque del complejo citrícola entrerriano desde los años noventa". En: RADONICH, Martha y STEIMBREGGER, Norma (Comps.) *Reestructuraciones sociales en cadenas agroalimentarias*. Buenos Aires, La Colmena, 145-163.
- VALDÉS, Ximena (2012) "Conclusiones". En: SOTO BAQUERO, Fernando y KLEIN, Emilio (Coords.) *Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas*. FAO, 225-247.
- VAZQUEZ LABA, Vanesa (2009) "Como hombres trabajando: participación laboral femenina con marcas de desigualdad de género en la agroindustria citrícola de la provincia de Tucumán, Argentina". *REDD, Revista Espaço de Diálogo e Desconexão* 1 (2), 1-12. <http://seer.fclar.unesp.br/redd/article/view/1723/1402> [consulta: 5 de agosto de 2011].

Notas

¹ El presente artículo es una versión modificada del texto publicado en formato magnético en III Congreso de Geografía de Universidades Públicas. FHUC, UNL, Santa Fe, Argentina, octubre 2011.

² La autora indica que la segmentación por género en agroindustria fue señalada por distintos autores en producciones destinadas a la exportación. Lara Flores (1998): productos hortícolas y flores en México; Bendini y Pescio (1999): empaque de peras y manzanas en Río Negro; Cavalcanti (1995): procesamiento del mango y uvas en Brasil; Chiappe y Piñeiro (1994): producción de frutales en Uruguay; Vanegas (1995): frutas en Chile; y Aparicio y Busca (2001) en el empaque del limón tucumano (Tadeo, 2007).

³ En el cordón frutihortícola, se materializa fuertemente en las tareas agrícolas que realizan las mujeres de origen boliviano (aunque no exclusivamente); es importante destacar que estos espacios se configuran en el marco de territorios productivos que han recibido el aporte de la migración transnacional de familias bolivianas. Las familias bolivianas, que constituyen la principal fuerza laboral en la horticultura, trabajan bajo la modalidad de mediería. La mediería constituye una forma flexible de contratar, organizar y remunerar el trabajo. Corresponde a un trabajador dependiente, no típicamente salarial, remunerado a partir de un porcentaje del resultado económico de la comercialización de la producción. Los medieros aportan el trabajo necesario para

la realización del cultivo, junto a los miembros de sus familias (Benencia y Quaranta, 2009).

⁴ Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación acreditado por la Universidad Nacional de Mar del Plata: "Agricultura intensiva, riesgo y vulnerabilidad", Período 01/01/10-31/12/11. Grupo de Investigación Desarrollo Rural, Ambiente y Geotecnologías, Facultad de Humanidades, Departamento de Geografía.

⁵ Por ejemplo en el caso de la frutilla la producción de fruta fresca tiene como principal destino el mercado interno. En cuanto a la fruta para industria, Argentina tiene una época de producción que le permite entrar a los mercados internacionales en momentos de poca oferta y el congelado argentino es de excelente y reconocida calidad. En nuestro país, un alto porcentaje de la producción se congela; en Mar del Plata llega al 50% del total producido (Adlercreutz, 2007).

⁶ El Censo Hortícola 1994 en General Pueyrredón contabilizaba 6.466,4 ha de superficie a campo y 21,3 ha bajo cubierta (6.487,7 ha en total); el Censo Hortícola Bonaerense 2001 muestra la reducción de la superficie al aire libre (5.654,7 ha) y el incremento de los invernáculos (159 ha); en la misma tendencia se expresa el Censo Hortiflorícola 2005, con una superficie hortícola total de casi 3.400 ha de las cuales alrededor de 200 ha son bajo cubierta. Estos datos son aproximados, dados los problemas de comparabilidad que presentan los citados censos. La frutilla se incluye en los relevamientos hortícolas. Con respecto al resto de los cultivos no tradicionales mencionados en este trabajo, según el Censo Nacional Agropecuario 2002 representan el 77 % de la superficie total implantada de frutales (134,4 ha) en el Partido (65,6 ha de cereza, 30,4 ha de ciruela, 6,2 ha de kiwi y 1,6 ha de arándano). Si bien no existen estadísticas oficiales actualizadas, en general es posible encontrar estimaciones, como en el caso del kiwi, que señalan que en la región habría 300 ha implantadas, de las cuales unas 170 ha están en producción (Cámara de Productores de Kiwi del SE de la Provincia de Buenos Aires).

⁷ Las mujeres entrevistadas se ocupan mayoritariamente en la cosecha de los siguientes cultivos: chaucha, tomate, pimiento, zapallito, berenjena, zanahoria, pepino, apio, distintas variedades de lechuga y acelga. También se ocupan en la carpida de cultivos de hoja.

⁸ Los tomates se envasan en cajones de madera de 16 a 18 kg denominados "torito".

⁹ Se trata de la mayor explotación de cerezas del cordón frutihortícola.

Recepción: 4 de mayo de 2012. Aceptación. 27 de julio de 2012